

882

8 a divina magistad a Fr. Sebastian Márquez que habiendo nacido en los reinos de Castilla, sin que jamás se supiese en qué lugar, ni de los nombres de sus padres, vino a este reino pobre y humilde, y habiendo deseado ocuparse en algun ejercicio licito para buscar la vida, se aplicó a servir a un dueño de recua en el ministerio de arriero, en que estuvo un poco de tiempo, hasta que viendo que en las ocasiones de este oficio estaba muy peligrada su salvacion y que no medraba cosa por ello, trató de mejor camino, y encomendándose a Dios y su madre Santísima pidiéndole humildemente le abriese alguna senda en que caminar seguro en su santo servicio, le puso Dios en el corazon que se recojiese y retirase del mundo, y para ello entrase en religion, con cuya inspiracion se fué al Prelado de nuestro convento de la Puebla que era el P. Mtro. Fr. Antonio Gutierrez, y echándose a sus piés con lágrimas muy verdaderas, le pidió admitiese en la religion para el estado de lego en que ofrecia servir en cuantos ministerios se ocupasen, y viendo el Prelado aquella vocacion verdadera a quien acreditaban tan tiernas lágrimas y tan profunda humildad, le admitió, y propuso a la comunidad para que lo votasen todos.

Crónica Tom. II. 88

### CAPITULO XXXII.

—o—o—o—

*En que se trata de los hermanos Fr. Sebastian Márquez y Fr. Blas Jabuyo, legos.*

Es muy poderosa la gracia de Dios, y suele emplearse en lo mas flaco, para mostrar su general providencia, y así decia San Pablo que, Dios elige lo mas débil para confundir lo mas fuerte; así quiso Dios hacer eleccion particular de uno pobrecitos religiosos legos, para que de sus virtudes aprendan los mas elevados sujetos de la religion que para agradar a Dios, mas importa un grado de humildad, que muchos de autoridad y sabiduria, en esta consideracion

882

8 a divina magistad a Fr. Sebastian Márquez que habiendo nacido en los reinos de Castilla, sin que jamás se supiese en qué lugar, ni de los nombres de sus padres, vino a este reino pobre y humilde, y habiendo deseado ocuparse en algun ejercicio licito para buscar la vida, se aplicó a servir a un dueño de recua en el ministerio de arriero, en que estuvo un poco de tiempo, hasta que viendo que en las ocasiones de este oficio estaba muy peligrada su salvacion y que no medraba cosa por ello, trató de mejor camino, y encomendándose a Dios y su madre Santísima pidiéndole humildemente le abriese alguna senda en que caminar seguro en su santo servicio, le puso Dios en el corazon que se recojiese y retirase del mundo, y para ello entrase en religion, con cuya inspiracion se fué al Prelado de nuestro convento de la Puebla que era el P. Mtro. Fr. Antonio Gutierrez, y echándose a sus piés con lágrimas muy verdaderas, le pidió admitiese en la religion para el estado de lego en que ofrecia servir en cuantos ministerios se ocupasen, y viendo el Prelado aquella vocacion verdadera a quien acreditaban tan tiernas lágrimas y tan profunda humildad, le admitió, y propuso a la comunidad para que lo votasen todos.

Crónica Tom. II. 88

Dióle el hábito en 1.º del mes de Julio del año 1618 y en el año del noviciado procedió con tanto ejemplo y humildad que luego al año siguiente cumplida su aprobacion hizo la profesion en manos del P. Mtro. Fr. Antonio Gutierrez, con todo gusto suyo, y de toda la comunidad gloriándose de haber admitido tan humilde varon; tenia ya de edad cerca de cuarenta años y de todo desengaño del mundo, y como reconoció el Prelado aquel ejercicio de arriero que habia tenido, buscando algun ministerio en que ocuparlo en servicio del convento, le pareció conveniente nombrarlo por Demandante y limosnero del campo, y llamándolo le propuso su intento preguntándole, si se acomodaria á ello, á que respondió á ello, con entereza, que la tenia grande. «Padre Comendador, yo no vine á la religion para servir á mi gusto ni elegir ejercicio, sino á obedecer y obrar en lo que mandare V. P. y así mire lo que conviene que aunque me repugne el mal natural, me aplicaré aunque me pese.» Quedó el Prelado confuso y edificado y al punto le mandó que luese á la demanda, señalándole cordilleras y efectos que habia de recoger ó unas veces semilla de trigo, maíz, frijol y las demás legumbres otras veces borregos y marranos que de todo

esto abunda la comarca del obispado de la Puebla.

Con esto salió Fr. Sebastian muy contento viéndose ocupado de la obediencia en servicio de la religion, y que así [como solia decir] no comeria el pan de balde, y saliendo para su primera cordillera, anduvo por los pueblos y haciendas pidiendo la limosna, que todos le daban con mucho gusto, así por que es costumbre de toda aquella comarca, que desde que cojen la cosecha de semillas, y la de ganado van separando, primeramente lo que pertenece á los diezmos de las iglesias, y luego la parte que ha de dar á los demandantes de los conventos que esta es una limosna considerable para el sustento de los religiosos; como tambien por la humildad y modestia de Fr. Sebastian que tanto los edificaba; luego venia al convento, y daba cuenta al Prelado de lo que traia y que Dios se lo habia dado para congrua de los religiosos; y así que entregabala limosna se reconia en la celda, y se disponia para confesar y comulgar el dia siguiente, estaba descansando algunos dias no de ejercicios de penitencia y oracion, pues continuamente se estaba en la iglesia por la mañana oyendo todas las misas que se decian, y casi todo el dia en oracion continua, pues no habia religioso que lo

viese jamás sin el rosario en la mane, y de noche en su celda tomando continuas disciplinas, y haciendo varias mortificaciones, como ponerse en cruz por mucho tiempo y de rodillas rezando devociones á la Virgen Santísima y á los santos, principalmente á Nuestro glorioso Patriarca, teniéndose por muy dichoso de ser su hijo y pidiéndole como á padre lo amparase para no caer en alguna falta contra su religion.

Continuaba en sus demandas con tanto ejemplo y edificacion de todos los dueños de haciendas, que así que llegaba á sus casas lo recibian con grande veneracion y cariño, y es costumbre de los demandantes hacer pie y morada en una hacienda, donde guarda todos los materiales necesarios para su demanda, y de allí salen y van recorriendo las demas haciendas, y lo que les dan lo van llevando á la hacienda donde se hospedan para conducirlo despues todo junto al convento, y así quando salía Fr. Sebastian á su demanda estaban todos los dueños de hacienda á porfia sobre quien habia de ser el dichoso que lo hospedase, y en fin por contentarlos á todos, buscaba la hacienda que estaba más cerca de la Puebla, y quando iba á las otras, se quedaba á comer en ellas, y de esta suerte los componia en su devota porfia; y es de advertir que quando

empezó á salir, llegaba á dichas haciendas y pidiendo hospedaje, solian en algunas darle un aposento, donde á la noche se recojía, y se le iba toda en rezar y hacer varias penitencias y disciplinas muy rigurosas; y tal vez, por que no lo conocian, lo hospedaban en un portalito que ordinariamente tienen estas haciendas en su entrada, y allí componia sus trastos, y se estaba rezando, y se salia al campo á hacer oracion, y en llegando la noche, esperaba que todos los de la casa se recojiesen, que esto se hace muy temprano en estas haciendas, y así que se veía solo en el portalito, empezaban sus distribuciones de oracion mental, de mortificarse en cruz, de besar muchas veces la tierra, y luego tomaba la disciplina y se azotaba tan recio, que al ruido salia el dueño, para ver que ruido era aquel, y viendo aquel religioso que se disciplinaba, quedaba edificado y envidioso de su virtud, y corriendo de esto la voz, era grande la veneracion que le tenian.

En este ejercicio de limosnero pasó muchos años, socorriendo á quel convento con grandes y considerables cantidades que le traía, y todo ello se lograba por ser una limosna recojida con tanta bendicion de Dios, y quando traía la demanda de los borregos que es otra cordillera, venía el

humilde varon. el más tiempo á pié por traerlos por delante, y algunos borreguitos se le despeñaban y los levantaba del suelo, y como fuese uno ó dos, se los echaba en los hombros y los traía cargados, arreando á los demas, y si quedaban otros en el campo, por no poder andar, venía al convento y entregaba los que traía, y recibiendo el Prelado, le decia: «vaya Fr. Sebastian á descansar,» y él le respondía, ya vuelvo, porque faltan otros, y se salía á pié, y si podía los traía poco á poco por delante, y si no se los echaba en los hombros como buen Pastor, y despues su descanso era la celda y en ella sus continuas penitencias; [y la oracion continua en la iglesia oyendo todas las misas que se decian y confesando y comulgando cada dos dias, y solia decir que se desquitaba entonces de la inopia que habia de este regalo por los caminos.

De esta suerte prosiguió su demanda desde el año de 1620 hasta el de 1635, en que hallándose sumamente trabajado pidió con toda humildad al Prelado, le relevase de aquel ejercicio, si habia lugar, y si gustaba y lo hallaba conveniente; pero que si era necesario no rehusaba el trabajo, aunque reventase; y como era hombre tan venerable y ya de más de sesenta años, que habia pasado con trabajos, le pareció al Prelado,

que pedia razon y lo relevó de la dicha demanda, quedándose en aquel convento, haciendo una vida muy ejemplar, en una celdita muy desdichada que estaba en el patio del convento, muy retirada de los dormitorios de él, donde las tardes y noches se le iban en grandes penitencias, y mortificaciones, y en particular las noches, con tantas persecuciones del demonio, que un punto no lo dejaba y era tanto el ruido que habia en su celdita, que ya no podia sufrir otro religioso lego, buen varon, que vivia junto la celda de Fr. Sebastian, y se fué á quejar al Prelado, pidiendo, que al hermano lo quitasen de allí, y le dijo el Prelado á este religioso, cuanto seria el ruido que habia en la celda de Fr. Sebastian; con penitencias y mortificaciones, y le aconsejó, que si tanto le estorbaba aquel ruido, que se mudase él á otra celda, ó que lo sufriese ó le fuese á ayudar; y él respondió, que no se atrevia por que era tanto que parecia, que todos los demonios andaban en aquella celda, todo esto padecia Fr. Sebastian con el enemigo queriendo impedirle su oracion y penitencias.

Vivia este tiempo Fr. Sebastian con tanta quietud de espíritu que tenia repartidas las horas del dia y de la noche en sus santos ejercicios, y todas las de la mañana eran en la iglesia he-

cho un tronco inmóvil de rodillas oyendo todas las misas, y en oracion continua con Dios, edificando á todos cuantos estaban en la iglesia, de que estaba tan rabioso el demonio que aun de dia no perdía ocasion de perseguirlo; pero el santo varon se defendía con la oracion: sucedió, que estando de esta suerte el día del glorioso Precursor de Cristo, San Juan Bautista, habiendo comulgado como lo hacia cada dos dias, y quedándose dando gracias á Nuestro Señor, de rodillas, al tiempo de la misa mayor que se estaba cantando, se entró por la iglesia un toro feroz, que se habia sin duda apartado de los demás, y cuando la gente que oia la misa lo vió, se levantaron todos y corriendo por la iglesia las mugeres se entraban despavoridas á las capillas, y otras á la sacristía, con tanto horror que ni allí les parecía estaban seguras, y los hombres procuraban huir, cada cual á donde podía, y aun el Preste que cantaba la misa, y los ministros que le asistian, no teniendo otro modo de huir se subieron sobre el altar; però Fr. Sebastian que estaba en oracion con gran sosiego, sin alteracion alguna, se levantó de su oracion, y saliendo para el cuerpo de la iglesia se fué llegando al toro y dándole con el escapulario, lo fué echando, diciendo *vete de aquí animal y no hagas mal á ninguno,*

se fué saliendo el toro como si fuera un cordero; esto vieron religiosos de toda fé que lo han referido varias veces, y á este imperio contra el demonio llegó la oracion de Fr. Sebastian, como tambien en otras ocasiones que se le aparecia en figura de sierpe y en forma de leon otras; pero conociendo sus astucias el valiente orador, y humilde siervo de Dios, lo burlaba haciendo mofa de sus asechanzas.

Vivia con gran quietud de espíritu Fr. Sebastian, y tan embebido en su oracion, y devocion de la Virgen Nuestra Señora y de las almas del Purgatorio, que algunas veces por la tarde buscaba alivio á la naturaleza, y para eso se iba al noviciado que estaba junto de su celda y parlaba con los coristas; siempre pláticas espirituales, y estas solia mezclar con algunas chanzas muy licitas, y de mucha gracia, que esta tenia con bastante capacidad, sin permitir jamas que se hallase la menor palabra indecente, y como los mozos y estudiantes son tan vivos, y el santo varon era de condiccion muy entera, tenían gran cuidado en su conversacion; tenían los dichos coristas un tablero de damas, en que solian entretenerse á ratos desocupados, y le preguntaron una vez si sabia jugar á las damas y cojiendo el tablero armó las piezas, y llamando

El que más habil le parecía, apostaban á cada juego una Ave María, ó una salve, ó una oración del Santo Sudario por las ánimas, y de uno en otro les iba ganando todos los juegos, por que sabia muy bien el juego y con gran liberalidad é inteligencia y tan discreto el santo viejo, que no sabiendo jugar bien los estudiantes, y siendo él tan diestro, solia perder algunos juegos, haciendose {perdedizo con mucha gracia, y era gusto verlo ponerse de rodillas á rezar la oración que se le mandaba, y aún en esta chanza edificaba su humildad y devoción: despues se iba aconsejando á los religiosos que sirviesen á Dios, y que aprovecharan el tiempo en estudiar.

Finalmente en estos santos ejercicios se empleó siempre Fr. Sebastian sin descaecer jamás de ellos, antes sí creciendo de virtud en virtud con edificación grande de toda la comunidad, y de todo el lugar, que lo veneraban por santo, siendo el espejo en que se miraban todos los religiosos, y los Prelados que lo respetaban como al fuere su superior, siendo un pobrecito lego, humilde, que siempre decia y ponderaba los favores que Dios le habia hecho en traerlo á la religión de su Santísima Madre sin merecerlo él por sus grandes pecados, y en este conocimiento

se ofrecia á servir en cuanto podia, un viejo de mas de setenta años, y aunque lo atoraban los demas del trabajo á que se aplicaba, insistia en ello el siervo de Dios con grande humildad y rendimiento, hasta que llegó el tiempo en que Nuestro Señor fué servido llevarle á descansar, y con una enfermedad muy corta al parecer, que le empezó por catarro en el pecho, se fué atenuando de suerte que dia 24 de Marzo, víspera de la Encarnacion del Verbo en las purísimas entrañas de María Santísima, de cuyo soberano misterio fué siempre devotísimo, el año de 1651 se fué á gozar los eternos premios de la gloria, como piadosamente confiamos en la misericordia de Dios; á cuyo entierro el dia siguiente, acudió en el convento de la Puebla un concurso grande de gente de lo mayor y menor de toda la ciudad celebrando las honradas exequias de un varon que tanto supo agradecer á Dios.

Fr. Blas de Jabuyo, nació en la ciudad de San Luis Potosí, de padres humildes y cristianos viejos, y habiéndole creado sus padres en virtud, sana doctrina, y buenas costumbres, y ya con los primeros rudimentos de leer y escribir; fué muy amante desde niño de la religión de Ntra.

Señora de la Merced, solo por haber visto algunos religiosos, que habian ido á dicha ciudad solicitando la fundacion de convento en ella, porque entonces no se habia fundado el convento que hoy tenemos en dicha ciudad, con cuyo deseo pidió licencia á sus padres para venir á México á pretender el hábito de Nuestra Señora de la Merced; y dándosele sus padres con bendicion, se vino trayéndole de limosna unos pasajeros y luego que llegó á esta ciudad, al punto se vino á este convento y entrándose á la celda del R. P. Mtro. Fr. Alonso Redondo, Visitador que era de estas Provincias, se echó á sus piés y le declaró su vocacion y deseo, de quien fué muy bien recibido, conociendo la buena inclinacion del mozo, que tendria entonces hasta diez y siete años de edad, y mandó que se le tomasen los votos, y que se le diese el hábito de lego, con las informaciones de legitimidad y cristiano viejo que traia de su patria.

Procedió el año de noviciado con grande humildad y mostrando buena capacidad para los ministerios de su estado en cuya atencion se le dió la profesion con mucho gusto de toda la comunidad, y la hizo en manos del P. Presentado Fr. Juan de Herrera, Comendador de este

convento, siendo visitador de estas Provincias el R. P. Mtro. Fr. Alonso Redondo, y Provincial el R. P. Mtro. Fr. Juan de Herrera en 17 de Agosto de 1627 años quedándose en este convento á servir en los ministerios que lo ocupaban los Prelados, y viviendo en el noviciado con tal aplicacion á todo, que como es costumbre desde que se empezaron á dar hábitos en este convento, enseñar á los novicios y coristas las rúbricas del rezo del oficio divino todas las noches, y en ellas se ventilaban algunas dificultades que se pueden ofrecer para la inteligencia del Breviario Romano, fué tal la inclinacion que tenia á esta inteligencia Fr. Bias, que siendo lego, y que no necesitaba de esta enseñanza, solo de oír las lecciones que llevaban los novicios, y las dificultades que se controvertian, lo aprendió, de suerte, que salió tan buen rezador como el mejor de sus coetáneos de corona, y tanto que ellos mismos llegaban á él y le preguntaban algunas dificultades para aprenderlas, y siempre le duró esto, sabiendo él, como cualquiera, de quién rezaba el coro, y las conmemoraciones que ocurrían con todo lo demás del rezo del oficio divino y ceremonias eclesiásticas.

Fué humildísimo religioso, y tan obediente á todos, que lo mismo era para él un mandato del pedagogo del noviciado, que si fuera de un superior, y jamás se vió que lo que se le mandaba hubiese ni propuesta alguna que lo impidiese; nombráronlo por gastador para comprar lo necesario del convento, y en ello se portó con tanta fidelidad, que mas cierto era sobrar del dinero que se le daba para ello, que faltó ó escasear el sustento de la comunidad, y esto era estando siempre con el rosario en la mano rezando todo el tiempo que no tenia ocupacion alguna del oficio, y siempre empezaba sus distribuciones, amaneciendo en la iglesia, visitando los altares y oyendo con gran devocion las primeras misas que se decian y luego se iba á sus ministerios por no faltar á cosa de la obediencia, y todo esto con una alegría en el rostro, que movia á todos los religiosos á que lo amasen y socorriesen en sus necesidades: entre estas ocupaciones solia tener pláticas con los religiosos de santa conversacion, y algunos chistes de donaire que referia por que en esto era muy curioso, y gustada de apuntar en un libro pequeño que tenia, todos los sucesos particulares que sucedian en la ciudad y en el convento, curiosidad que ha servido en ocasiones para algunas noticias, y aun para

esta historia ha habido algun provecho de sus apuntaciones.

Despues le ocuparon en el oficio de demandante de la ciudad, y á todo cuanto le mandaba el Prelado iba tan gustoso, como si no entendiera otra cosa, en esta ocupacion estuvo muchos años trabajando continuamente con grandísimo ejemplo, edificando á todos los vecinos con su modestia, apacibilidad y humildad, por que todos le veneraban y amaban con muchas veras, y muchos le solian dar algunas limosnas para su persona, procurando aumentar como de hecho aumentó la limosna de cada semana, adelantándola en mas cantidad de la que recojian sus antecesores, lo cual le costaba mas trabajo que á ellos, y en este trabajo continuó mostró una paciencia muy perfecta, sin alterarle cosa alguna por adversa que fuese; como se vió en una casualidad muy penosa que le sucedió, y fué que yendo en su demanda un dia por una calle, llegó á la esquina de la cuadra, y al instante que la iba torciendo vino una piedra arrojada con grandísima violencia, que acaso le tiró alguno para dar á otro, y errándose el golpe en este, volviendo la esquina Fr. Blas le dió la piedra en la boca, con tal violencia que allí luego le derribó los dientes, y los echó en el suelo con mucha sa-



gre, y lo que hizo en este trance tan doloroso, fué decir, «alabado sea el Santísimo Sacramento» y llegando la gente á cercarle, le hallaron sin impaciencia alguna alabando á Nuestro Señor por la mortificación que le había enviado, y decía, «á mí me ha sucedido por mis pecados lo que dice el refrán, mala pedrada te den por dar á otro» y á fé que esta fué de muy buen tamaño, y pidiendo una poca de agua tibia se enjuagó la boca y prosiguió su demanda, y acabada se vino al convento sin contar el caso á los religiosos hasta que después lo supieron de fuera.

Con esto fué continuando su demanda sin haber hecho novedad en su ejercicio, sin descaecer, un punto en él; hasta que con los soles continuos con los aires y las aguas en su tiempo, fué perdiendo la salud, pero ni lo declaraba, ni lo daba á sentir, por no perder algun tiempo de trabajar; pero aunque tarde se llegó á reconocer la gravedad del achaque, y yendo un sábado de cuaresma á la *Salve* que se canta muy solemne con sermón de la Virgen Santísima, en nuestra iglesia todos los sábados de la cuaresma, al llegar á la puerta de la iglesia lo vió el R. P. Provincial, que iba escupiendo mucha sangre, que era el achaque que padecía, y lo mandó vol-

ver á su celda, que para eso hizo que dos religiosos del noviciado lo llevasen, y entrándolo en ella, recostado en la pobre cama entró el P. Comendador, y preguntándole si quería confesarse, respondió, «que por la misericordia de Dios, no hallaba en su conciencia de qué poderse confesar, y que le diese la absolución de la religion, y lo ayudasen á su buen morir» como de hecho, mientras la comunidad estaba en la iglesia en el sermón, le cantaron el credo y recomendación del alma entre el dicho P. Comendador y los dos ó tres religiosos que lo llevaron, y allí dió su alma á Dios con la misma apacibilidad que había vivido, el día 3 del mes de Abril del año de 1666, dejando á todos muy envidiosos de su santa vida, como de aquella apacible muerte.